

NUÑEZ

Joaquín Tamayo

No abundan en Colombia los historiadores al estilo de Joaquín Tamayo. Su libro, obra de convicción y análisis, representa una manera de biografía que puede llamarse nueva entre nosotros.

El nombre de Rafael Núñez, motivo de exaltados ditirambos y pasto inagotable de diatribas, había venido perdiendo su verdadero perfil y, piedra de escándalo para unos y mito para otros, atribuyéñsele de un lado cualidades heroicas y por el otro actuaciones abominables. La lava ardiente de contradictorios apasionamientos cayó sobre él desfigurándolo, sepultándolo bajo espesísimas leyendas, de manera que hacer su biografía equivale a emprender una aventura de descubrimiento, de excavación. Y Joaquín Tamayo la emprendió denodado, con todo el desapasionamiento que es posible adoptar frente al motivo de los más grandes apasionamientos políticos de nuestra vida independiente.

Según la estampa que de Núñez nos da el señor Tamayo, bien pudiera creerse que se trata de un aprovechadísimo discípulo de José Fouché. Porque por esas páginas lo vemos aparecer como un arrivista empedernido y escabullirse en los trances arriesgados y peligrosos como cumpliendo la consigna de no comprometerse jamás. Mas si fue como Fouché un político, no fue un político a la manera de Fouché. Este fue siempre horriblemente frío y calculador, y el solitario del Cabrero apasionado y ardoroso siempre. Cuando se dice que un hombre fue político, casi nunca se dice nada; porque el adjetivo político más que una especie de ejemplares humanos abarca un género de innumerables caracteres: después de la definición aristotélica no cuesta trabajo decir que el género humano es el género de los políticos. Innumerables son las especies del político: entre Lord Beaconsfield y el Duque de Otranto existen vallas tan espesas que cuesta gran trabajo arroparlos juntos con la denominación de políticos. Entre Núñez y Suárez, entre Obando y Murillo Toro, hay murallas inexpugnables. Puede decirse que cada uno caracteriza un tipo aparte. Pero especialmente hay dos clases: la del que obra exclusivamente por su bien, y la de aquél que atiende a bienes superiores a los suyos. Núñez fue de éstos. For-

zosamente tenía que ser de éstos, porque poeta antes que político, primero que gobernante fue filósofo.

Es cierto que la trayectoria de don Rafael Núñez, como la de casi todos los grandes políticos, no obedeció a un trazo rígido preconcebido, sino que se acusa de zigzags repentinos y de imprevistas variaciones. Pero es que la política no es una ciencia exacta, ni rigurosamente especulativa: es más bien objetiva, llena de oportunidades cambiantes, que aparecen, se esconden, se modifican y se esfuman. Y el político ha de estudiarlas, aprovecharlas de la mejor manera y le es lícito fingirlas, despreciarlas, burlarlas, pero nunca desconocerlas. La vida pública de un hombre, no es, pues, sólo su vida, sino también la de su época, con todas sus lucideces y torpezas, sus excelencias y sus gangrenas.

Fue la obra de Núñez política de logro personal, de desmesurada ansia de mando, de intención de dominio a todo trance, o fue, más bien, interés público, intención de remedio, y facilitamiento del triunfo de las ideas que sinceramente creyó las salvadoras? Yo creo que fue esto último. Y que fue tan grande su convicción a este respecto que renunció a su vida, a su lucha, a su obra y a su gobierno cuando con ello pensó servir su convicción definitiva. ¿Se sintió después equivocado, decepcionado, vencido, insatisfechos? Es cosa aparte. Y no es esto derrota sino sinceridad, sacrificio, renunciamiento. Y si después de todo quiere creerse que Núñez fue un vencido, enhorabuena; Feliz derrota aquélla que el mismo derrotado se procura para poder ser leal consigo mismo, y para beneficiar a la república.

En el libro de Joaquín Tamayo, Núñez está de cuerpo entero. Mas es difícil apreciar definitivamente su fisonomía, porque se nos presenta de perfil. Parece que el autor lo hubiera mirado siempre desde un flanco, desde su flanco de partido. Quizás sea más apasionado el autor de este comentario que el biógrafo mismo; mas creo que andando el tiempo, cuando el apasionamiento por el protagonista haya menguado, los biógrafos de Núñez no tendrán otra cosa que hacer, sino tomar del libro del señor Tamayo los rasgos del grandioso personaje, y presentarlo de manera que lo podamos contemplar de frente.

J. E. PATIÑO LINARES

